

El aparato de dominación en América Latina

(Su funcionamiento y las formas posibles de su fin)

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

El aparato de dominación y explotación de América Latina opera dentro de una sociedad de clases que es colonial, semicolonial, o dependiente, y que se desarrolla en formas desiguales, concentrando la industria y la riqueza en algunos puntos de la geografía y de los sectores, ramas o estratos sociales, a lo largo de un proceso en que la conquista y los conquistadores se renuevan permanentemente.*

El desarrollo se concentra en ciertas ciudades y regiones que forman una unidad de lo que podríamos llamar polos-ciudadelas, y se lleva a cabo con instituciones políticas que integran, desde el siglo XIX, otra unidad a la que podríamos llamar república-dictadura.

El desarrollo concentrado beneficia sobre todo a las clases gobernantes: latifundistas, patronos, empresarios nacionales y extranjeros, funcionarios y militares de alta graduación, obispos y doctores. Las clases gobernantes participan plenamente del desarrollo, y constituyen la oligarquía latinoamericana que, como un todo múltiple, domina y explota al resto de la sociedad.

Pero, el aparato de dominación-explotación de la oligarquía no se enfrenta a todas las clases trabajadoras como a un solo bloque; parte importante de su política consiste en discriminar distintos grupos de trabajadores: así, distingue en lo social y político a las capas medias respecto de los trabajadores industriales, a éstos de los campesinos, a los trabajadores "ladinos" de los indígenas.

En medio de la miseria circundante la oligarquía establece una división real de trabajadores participantes (empleados, técnicos, obreros calificados) y trabajadores marginados (sobre todo campesinos e indígenas y habitantes urbanos de las grandes zonas de tugurios).

* *Cfr.* Florestán Fernandes, "Patterns of External Domination in Latin America", en F. Fernandes, *The Latin America in Residence Lectures*, Toronto, University of Toronto, 1969-1970, p. 3-23.

En la inmensa mayoría de los países las diferencias entre los trabajadores participantes y los marginados son más significativas que las semejanzas: aquéllos pertenecen a la población que participa de los frutos del desarrollo; y en distintas medidas se integran a las capas medias, y se identifican entre sí frente a los trabajadores marginados. Incluso sus formas de descontento, sus manifestaciones de protesta, sus luchas políticas y su conciencia de clase se ven restringidas al trabajador industrial, al trabajador urbano, al trabajador participante.

Los trabajadores marginados y los participantes no forman una unidad política permanente y orgánica. En general, *los trabajadores* no constituyen una unidad política, por ejemplo, de “trabajadores industriales calificados-y-no calificados”, o de “trabajadores industriales-y-trabajadores agrícolas”.

De ese modo, la categoría social instrumentada a lo largo de los siglos, de participantes y marginales, hace que en gran medida los participantes sigan los designios de la oligarquía, acepten y colaboren con su dominación, mientras los marginales están marginados hasta de los instrumentos de lucha política, y cuando la intentan ésta deriva normalmente en la lucha violenta y la “ilegalidad” características de las luchas de los siervos y de las poblaciones coloniales.

Las capas medias —por su parte— forman grupos políticos que presentan a lo largo de la historia una serie de oscilaciones en su conducta, apoyándose a veces en la oligarquía, y otras presionándola con los trabajadores urbanos y los campesinos, que en formas cíclicas se rebelan frente a situaciones de empobrecimiento o privación. Las presiones de las clases medias, por lo general, derivan en un reacomodo dentro del aparato de sus miembros más activos o, a lo sumo, provocan un reajuste de las mismas estructuras.

La oligarquía logra, así, establecer una política secular por la que controla a los demás grupos y clases, haciéndolos que acepten y colaboren con su dominación, que conllevan las pautas de trabajo servil o asalariado, y las pautas de la vida cívica de un capitalismo colonial, heredero de la conquista y penetrado por las grandes empresas desde que las antiguas colonias se independizaron de España, y desde que las intervenciones extranjeras continuaron la obra de la Conquista.

La política de la oligarquía presenta dos variantes cíclicas, fácilmente comprobables, una que corresponde a los periodos de auge o crecimiento, en que los polos se expanden, el empleo aumenta, los estratos medios y los grupos participantes crecen, el ingreso y las prestaciones de los antiguos ingresados al “desarrollo” mejoran, y otra que corresponde a los periodos de depresión —en que sin abandonar totalmente la política anterior, pero *restringiéndola* en el seno de los propios polos, sectores y estratos— surge el dominio abierto de las ciudadelas y las dictaduras militares: en que el polo

opera como ciudadela y la república como dictadura, para recuperar una y otra su carácter de polo y república en los momentos de auge, cuando nuevamente aumentan los procesos de participación, de empleo, de movilidad y movilización.

A las variaciones en el tiempo se añaden variaciones en el espacio, pues hay regiones interiores o naciones enteras permanentemente deprimidas y superexplotadas, a las que controlan las ciudadelas, y en las que existe la “dictadura permanente” y brutal de que hablaba Montalvo. En estas regiones los ciclos conducen de una violencia permanente y general a otra todavía mayor, que se acentúa en los momentos de depresión, supervisada y auxiliada por los polos y las dictaduras centrales, y ejercidas como terror especial por las oligarquías locales.

El aparato del polo-ciudadela y de la república-dictadura depende de una Gran Metrópoli, y de un mercado mundial de bienes y capitales. Esto es, el aparato es un conjunto de estructuras que funciona dentro de un gran sistema: el sistema imperialista, en el sentido lato y estricto de la palabra. En sus lineamientos más característicos el aparato existe desde el siglo XIX, con antecedentes que arrancan desde la Conquista, y con variaciones de las categorías y grupos sociales que, lejos de acabar con él, le dan nuevas formas, leyes y personeros.

Cambian así los polos-ciudadelas (porque surgen otros nuevos, o los mismos oscilan en su fuerza y peso), cambian las repúblicas-dictaduras (porque varían en sus constituciones, regímenes y dirigentes), o cambia la dependencia (porque aumenta o disminuye de grado en un sector o rama, en un espacio geográfico, en el conjunto nacional), o cambia la metrópoli extranjera (porque pasa de Madrid a Londres o Washington, y porque el cambio mismo de una metrópoli por otra supone grandes luchas político-militares); pero el aparato queda, comprende los cambios, los incluye en su geometría variable.

Cambian los grupos predominantes de la oligarquía por el sector al que pertenecen (agrícola, minero, mercantil, industrial, financiero), o por la concentración de capital (latifundio, plantación, monopolio, corporación multi-nacional); se modifican las clases y estratos (crecen las capas medias, surgen los trabajadores industriales, disminuyen los siervos, aumentan los asalariados); se alteran las proporciones de marginales y participantes; cambian muchas ideologías y costumbres, pero el aparato conserva sus lineamientos generales, como aparato de dominación y explotación, aunque cambien también sus formas de gobierno (“reinos” y “adelantados”, “repúblicas”, “imperios”, “democracias liberales, populistas, militaristas”), y aunque cambien sus formas de explotación y las combinaciones de las mismas (encomienda, esclavitud, aparcería, mediería, trabajo asalariado).

El aparato se readapta, se transforma de polo en ciudadela, de ciudadela en polo, de república en dictadura, de dictadura en república, según atraviere por un periodo de auge o RECECIÓN, orientándose siempre hacia la fuerza centrípeta de una metrópoli extranjera y de un mercado mundial.

La enorme cantidad de variaciones a las que se adapta el aparato hacen pensar que tiene posibilidades de adaptación infinitas y así lo creen los oligarcas. Pero, esto obviamente no es cierto. Hay algunas variaciones que colocan al aparato en el orden lamentable de los fenómenos naturales, y todos los fenómenos naturales son históricos, tienen un origen, una evolución y un fin. El aparato no escapa a esta ley elemental.

Sin exagerar los parangones biológicos, se puede decir que existen fenómenos naturales en la historia del aparato, que se parecen al cáncer y la arteriosclerosis, o solamente a aquél, lo cual es suficiente para que el aparato sea vulnerable en su aparente movilidad eterna. Estos fenómenos evolucionan en formas persistentes, constantes, sobre todo si se les compara con las alteraciones de los grandes y los pequeños ciclos, propios de la producción y la política.

En forma secular, crece la cantidad total de población; la población urbana crece más que la rural; la alfabetizada más que la analfabeta; las clases medias más que las campesinas; los trabajadores urbanos más que los rurales; los estudiantes universitarios más que los primarios. Todo ello constituye una presión muy distinta en su cantidad y calidad a la que ha resistido el sistema en el pasado.

Los cambios son constantes, seculares, crecientes, y se dan a lo largo de todo el sistema, desde la metrópoli extranjera, de la que depende el aparato —y de la que forma parte—, hasta las periferias más remotas y marginalizadas, afectando la existencia de todos los órganos de gobierno y las relaciones que guardan entre sí.

Los cambios se dan también al nivel de la producción, del paso secular de una tecnología arcaica a una moderna, que substituye hombres y productos y concentra a los trabajadores en los centros dinámicos de la economía. La historia universal de substitución de la energía humana por otras formas de energía que sirven para producir, se complementa con una tendencia más reciente, pero no menos pertinaz de substitución de materias primas.

En el mundo entero los instrumentos se substituyen por las máquinas, las máquinas por la cibernética; el vapor por la electricidad, la electricidad por la energía nuclear; el hierro, el sisal, el algodón por materias sintéticas y plásticas; el trabajo tradicional por el industrial, y éste por el post-industrial; el trabajo no calificado por el calificado, el simple por el complejo, el del técnico por el del investigador científico. Con ello la historia

tecnológica parece configurar también en América Latina un mundo en el que se producirá sin trabajadores.

Y todo el proceso anterior —constante, secular, acelerado—, que se da primordialmente en las grandes metrópolis industriales, afecta la esencia misma del aparato de dominación y explotación, inserto en un sistema internacional de dominación y explotación.*

La pérdida persistente de una “correlación entre producción y empleo” afecta al mundo entero, sobre todo a los países pobres, y a las zonas pobres de los países pobres, que se encuentran ubicados dentro del sistema capitalista: cuando para producir no se necesitan trabajadores el mercado pierde sentido, porque tampoco se necesitan clientes.

Esta pérdida de sentido, este desempleo acentuado de fuerzas humanas, y esta falta de clientes es mayor en las zonas periféricas, en las colonias internacionales e internas.

Sin embargo, la substitución del hombre y de la energía humana constituye un largo proceso histórico y hoy todavía se necesitan muchos trabajadores calificados, especializados, industriales; todavía se necesitan trabajadores no calificados, agrícolas, tradicionales.

La realidad económica y social que se vive actualmente permite observar aún una necesidad limitada de trabajadores, y, por lo tanto, todavía se da la posibilidad histórica y social del mercado. Esta posibilidad aumenta artificialmente conforme se genera empleo mediante una producción de desperdicio y de guerra; pero cada vez es más precaria ante la tendencia secular.

Y el aparato reacciona desde la Gran Metrópoli empleando a sus técnicos y científicos, los cuales entre muchos otros triunfos tácticos, le permiten disminuir, hasta en un cincuenta por ciento, la gravedad de las crisis industriales; organizar guerras económicamente productivas y rentables, y, en el terreno político, domesticar a veces y reprimir siempre a las grandes *masas* en formas rigurosas, propias de una cultura tecnológica.

El problema de que continúe marchando el aparato se plantea así en el centro mismo —en la Gran Metrópoli— de manera “empírica” y eficaz. El centro del aparato no es naturalmente el más afectado, y al principio es el que tiene más posibilidades de reaccionar estratégicamente frente a los procesos naturales, mientras el resto sufre tanto más cuanto más lejos se encuentre de la Metrópoli, y puede reaccionar tanto menos cuanto más desvinculado se halla de la misma y de los órganos metropolitanos. Natu-

* *Cfr.* Florestán Fernandes, “Problemas de Conceituação das Classes Sociais na América Latina” (Trabajo en Ms.), 1971, p. 11-72 (en vías de publicación por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México).

raleza y estrategia afectan pues a las partes más débiles del aparato y a las más desvinculadas, aunque después se recuperen.

Esto es natural. Las oligarquías periféricas tienen sobre todo energías humanas y materias primas que explotar; trabajadores tradicionales, trabajadores simples, trabajadores no calificados: es decir, tienen en sus países precisamente lo que no se necesita, lo que la metrópoli naturalmente está substituyendo a lo largo de un proceso secular e histórico.

Y dentro de cada país periférico el fenómeno se repite: las zonas más pobres y subdesarrolladas son las más afectadas, porque son las que tienen más trabajadores tradicionales, más trabajadores simples, más trabajadores no calificados, que extraen y producen lo que la Gran Metrópoli está substituyendo, y lo que están substituyendo incluso las metrópolis interiores, que también se ponen a producir, inexorablemente, con substitutos de energía humana e incluso de materias primas, con fábricas automatizadas, con fábricas de plásticos y sintéticos, con trabajadores calificados y técnicos. Y hasta las zonas más recónditas y primitivas, de aparente economía natural, que viven en una miseria secular, son afectadas porque sus excedentes de población trabajadora no encuentran acomodo en un sistema de producción que no los necesita.

Al nivel de las unidades productivas, de las empresas, sufren más las pequeñas y las independientes de la Gran Metrópoli, pues en general son las de una menor productividad tecnológica, que es precisamente la que permite obtener grandes tasas de utilidad, sobre todo cuando se mantienen los salarios propios de una sociedad colonial y dependiente. Así ocurre con muchas grandes fábricas de América Latina, que si bien pagan más a sus trabajadores de lo que reciben los trabajadores de las pequeñas y antiguas fábricas locales, les pagan menos que sus matrices metropolitanas, de donde las empresas monopolistas obtienen tasas de utilidades también mucho mayores, sin que por ello tengan más riesgos que las pequeñas y antiguas, sino todo lo contrario: en forma secular las grandes empresas, las corporaciones multinacionales alcanzan mayores utilidades con menos riesgos.

Las pequeñas y antiguas empresas, de capital nativo, que no están directamente asociadas al capital y la tecnología metropolitanos, no pueden obtener esas sobre-utilidades, quiebran, venden o se conforman a su capacidad precaria; en cualquier caso, tienden a violar más abiertamente las leyes al obtener menos exenciones y privilegios "legales" que los grandes monopolios; dan menos salarios y, a la postre, tampoco aumentan su oferta de empleo, porque en promedio producen una tercera parte de lo que serían capaces de producir, a falta de clientes. Su salida natural es la explotación más primitiva de los trabajadores, la usura, la especulación, la evasión de impuestos, la corrupción de funcionarios, la violación de las

normas de calidad en los productos, fenómenos que se dan también en las grandes empresas, aunque con niveles de operación más elevados y con un ocultamiento de los actos ilegales mucho mayor.

Mientras las grandes empresas disminuyen la demanda de trabajo en la sociedad global mediante un aumento de la productividad por hombre ocupado, por su parte las empresas pequeñas disminuyen también la demanda de trabajo, porque a cada asalariado le pagan menos y lo hacen trabajar un mayor número de horas, porque los niños trabajan como hombres aunque reciban salario de niños; porque con evasiones ilegales de impuestos privan al Estado de fuentes de gastos e inversiones; porque la usura y la especulación restan poder de compra y producción a otros clientes y productores locales; porque la mala calidad de los productos, con las trampas sistemáticas de pesas y medidas, tornan inseguro y raquítico el mercado, y porque los asalariados desempleados y marginados constituyen un conjunto de malos clientes —miserables—. En las crisis sólo las grandes fábricas de capital local logran sobrevivir aumentando alguna o algunas de estas medidas, y asociándose en muchos casos al capital extranjero. Las demás resienten la crisis con dureza, y se defienden de ella con dificultad y violencia.

Por sectores el fenómeno se repite: los sectores agrícolas sufren más que los industriales y en ellos las formas de explotación y dominación son más visibles y burdas.

Así, el proceso de desempleo y subproducción afecta mucho más duramente a los países periféricos que a los metropolitanos, a las periferias internas que a sus polos, a las pequeñas empresas que a las grandes, a la agricultura que a la industria.

Pero el desempleo se manifiesta como subempleo y sobremiseria, porque la gente no siempre dice estar desocupada aunque se trate de los hombres más des-ocupados, más des-empleados, más in-utilizados y menos realizados como hombres; muchos de ellos tienen el espíritu del analfabeto y el instrumento de la Edad de Piedra; y otros saben manejar máquinas que no manejan y poseen conocimientos que no emplean.

Y son aquéllos los más fértiles en hijos, los que más se reproducen, naturalmente. Se reproducen como un cáncer para el aparato. Crecen en términos absolutos y con las tasas más elevadas. Su crecimiento natural ocurre conforme desaparece la necesidad de su empleo: educarlos de golpe a todos no es posible, pero aun si se les educara no serían necesarios sus servicios, porque la automatización crece más aprisa.

De ese modo, la fertilidad de los trabajadores pobres es disfuncional al aparato: hasta un cierto momento la fertilidad de los pobres ha sido útil para mantener alta la demanda de trabajo y abatir “naturalmente” los salarios; pero, ya con la cantidad de desempleo existente, al aparato le

basta y sobra para controlar las aspiraciones de los trabajadores, o las demandas de los sindicatos, cuando éstas llegan a formularse políticamente.

La fertilidad de los trabajadores no calificados ya no es útil para producir, ni para abatir salarios. La fertilidad de las familias trabajadoras ya no da trabajadores, ni competidores de los trabajadores ocupados, sino un número innecesario y peligroso de desocupados y de hambrientos.

En términos simples tal es el problema. Pero, el problema se complica: los males nunca vienen solos. La fertilidad excesiva de las zonas pobres y de los trabajadores pobres, ocurre en espacios nacionales relativamente móviles, generando emigraciones de las periferias a los centros, del campo a las ciudades.

Los pobres se concentran alrededor de los polos-ciudadelas. Los migrantes del ciclo largo del auge, que dieron lugar a un fenómeno anterior de urbanización de la región, y de aumento de la población económicamente activa dedicada a la industria, son seguidos por los migrantes del ciclo largo de la depresión, expulsados por la miseria agudizada de los campos.

Una y otra migraciones —la del auge y la del receso— cambian la proporción de población urbana frente a la rural, y corresponden al incremento secular de la población urbana, más concentrada, más comunicada, más politizada, más peligrosa.

El incremento ocurre de manera distinta según las fases del ciclo y tiene implicaciones políticas distintas: en la época del auge corresponde a un fenómeno de expansión del mercado externo, de sustitución de importaciones, de aumento del empleo industrial, y de crecimiento de las clases medias; en la época de la depresión corresponde a un fenómeno de contracción del mercado externo, de sustitución de importaciones por las grandes potencias, de aumento súbito de las tasas de desempleo para los trabajadores calificados y no calificados, y hasta para los técnicos y profesionales, para las capas medias —descontentas, organizadas.

El problema político del desempleo es pues distinto al pasar del tiempo: ocurre en países cada vez más poblados, en zonas más densamente pobladas, con proporciones más altas de población urbana, alfabeta y de clases medias. Se da así en la década de los sesenta un problema similar al que ocurrió por los años treinta, pero en un contexto social y político más adverso al aparato.

Por ello surge una primera idea, muy gruesa, de la vulnerabilidad del aparato y del sistema en que opera. El pensamiento utópico o el grito de guerra, que no comprende al principio la capacidad de *reacción* del aparato, tiende a extenderle un certificado prematuro de defunción. En la década de los 60, como en 1930, o como a principios del siglo xx, o como a principios del xix, se da por muerto al aparato. Sólo algunos grupos más sagaces

y profundos que la mayoría se preparan para una larga lucha que resuelva de una vez por todas las antiguas aspiraciones de las guerras patrióticas, de las luchas democráticas y por la justicia social buscando instaurar el socialismo, pero saben que para ello necesitan organizarse y esperar que venga el gran flujo de las masas, que las masas se vuelvan el protagonista de la historia, con una organización que ya preparan entre la política y la violencia. Sólo en apariencia el aparato va a morir ya de muerte natural.

En efecto, si se juntan las características del problema la debilidad del aparato es notoria. En las regiones periféricas la debilidad suele alcanzar proporciones catastróficas para las clases dominantes, para las oligarquías locales; pero, éstas, naturalmente, recurren al auxilio de las metropolitanas y muestran su disposición a pagarles como precio de su auxilio una mayor dependencia.*

Lo que es más, las oligarquías metropolitanas están listas para prestar la ayuda ofrecida y solicitada, y por ningún motivo estarían dispuestas a no prestarla, ni a dejar de cobrar el precio de la misma, en formas inmediatas, o a crédito. Las oligarquías periféricas regatean sobre el precio, se quejan de la excesiva dependencia; pero, al fin se entienden, llegan a un acuerdo, que ocurre en medio de grandes movimientos de personas, caudillos y clanes, y que en casos extremos permite el acceso de nuevos grupos sociales, la integración dolorosa de los mismos, y hasta una serie de reajustes en el poder y la propiedad que sacrifican a una parte de la oligarquía, y la substituyen por nuevas "élites" que modernizan el aparato, permitiendo el incremento de la participación política y social de grupos antes marginados. Esto último sólo ocurre en casos extremos, pues la respuesta más inmediata y probable es la mera reconversión del polo en ciudadela, de la república en dictadura.

La "habilidad", la malicia, el maquiavelismo criollo de las oligarquías periféricas son notables —con sus caciques y guardias blancos, todos dispuestos a dar la respuesta clásica de la violencia extrema. Su debilidad local, periférica, se complementa con una habilidad clásica para el uso de la violencia, con su capacidad de asociarse a la metrópoli en formas de mayor dependencia, y a veces, excepcionalmente, con la jugada última e inesperada de las integraciones y las reformas. Su debilidad no es definitiva ni está aislada. La flaqueza del aparato en la periferia es indudable; pero suscita reacciones y asociaciones de *todo* el aparato.

No obstante la pericia política de las clases gobernantes de la periferia éstas son, en efecto, incapaces de controlar por sí solas las nuevas dimensiones del problema. Su incapacidad es en primer término estructural: la

* Cfr. Florestán Fernandes, "Sociología, Modernização Autônoma e Revolução Social" 1971 (Trabajo en Ms.).

libertad económica de las oligarquías periféricas es menor porque son menores sus recursos, y mayor su contribución a los costos de la baja coyuntura.

Todas las leyes naturales del sistema capitalista mundial operan para dejar a las oligarquías periféricas en situaciones más vulnerables desde el punto de vista económico durante los momentos de crisis: las relaciones de intercambio, la contracción del mercado de materias primas, la concentración mundial del capital, la inflación, las tasas de interés, la sobreproducción, el sub-empleo, la deflación, las devaluaciones, les son particularmente desfavorables.

Las oligarquías periféricas se encuentran en esas circunstancias con menos recursos y menos mercados que las oligarquías metropolitanas, y aunque hoy conocen extraordinariamente bien las leyes del desarrollo neocapitalista, y las técnicas anticíclicas, se ven en la imposibilidad de aplicarlas y de lograr los efectos que tienen en los grandes centros metropolitanos.

Las inversiones de guerra que hacen, con base en sus raquíticos ingresos, aumentan su dependencia a través de los créditos de guerra que reciben, disminuyen sus posibilidades de inversiones productivas, y no surten el efecto anticíclico que tienen en la gran metrópoli, pues sólo contribuyen al desarrollo de la industria de guerra de los países altamente industrializados y a las medidas anticíclicas de éstos.

La inversión de guerra en las periferias, no tiene así un alcance político-económico anticíclico, sino solamente político, en cuanto contribuye a satisfacer las presiones de las metrópolis que buscan encontrar salida a su producción bélica, y en cuanto permite a las oligarquías periféricas armarse mejor para el paso necesario y clásico de la política del polo a la política de la ciudadela, y de la política de la república a la política de la dictadura.

De otra parte, la política neocapitalista que tiende a incrementar la fuerza e intervención del Estado en la vida económica, y a socializar las pérdidas de las grandes empresas y del gran capital, difícilmente se puede dar cuando el estado periférico se encuentra en una situación de debilidad permanente, que se acentúa con la depresión y los gastos militares, aumentando la dependencia económica, política y militar, con los créditos y donativos que recibe, con la ayuda técnica económica y militar que se ve obligado a aceptar, y hasta a solicitar insistentemente.

El estado periférico, económicamente débil y dependiente, no puede hacer una política neocapitalista de inversiones anticíclicas, ni de socialización de pérdidas, porque carece de recursos, y porque su vulnerabilidad interna y externa le impide en general nacionalizar, en formas confiscatorias, a las empresas extranjeras que lo dominan, que tienen trato preferente y fuerza superior a la del propio Estado.

Como por otra parte la vinculación estrecha entre la oligarquía y la plu-

toocracia, que es la base del aparato, descansa en gran medida en un sector latifundista, no obstante el debilitamiento proporcional de éste en el interior de los grupos oligárquicos contemporáneos, la vieja oligarquía es lo suficientemente fuerte y lo suficientemente *in*, como para impedir cualquier reforma agraria confiscatoria, que incremente el mercado interno a su costa y en ocasiones, mucho más frecuentes de lo que se piensa, ni siquiera se pueden distinguir los intereses de la vieja y la nueva oligarquía, pues las mismas familias de grandes propietarios de la tierra poseen empresas mineras, comerciales y financieras, a modo de *combinados* de las explotaciones antiguas y modernas.

En estas condiciones, el estado periférico, al no poder realizar una política neocapitalista, y ni siquiera una política capitalista semejante a la que ocurrió en la Francia napoleónica, se ve obligado a hacer su clásica política de dictadura y ciudadela, de una región dependiente, semi-colonial.

No pudiendo ser un estado fuerte y represivo, como el neocapitalista, es solamente un estado represivo, y no pudiendo exportar la represión a sus colonias externas la acentúa en sus propias colonias internas, en sus periferias geográficas y sociales, con una estrategia particularmente hábil, sobre todo, después de la crisis del treinta.

Y así, aunque los problemas sean crecientes, el aparato no deja por ello de aplicar sus viejas técnicas de gobierno, con conocimientos mayores que en el pasado; si su debilidad es notoria, en relación a las nuevas presiones sociales y económicas de magnitud gigantesca, no por ello deja de ampararse y entregarse a la fuerza metropolitana. El aparato es mortal; pero reacciona.

En los momentos de crisis el aparato se transforma en ciudadela: las fronteras internacionales de las regiones más desarrolladas se cierran, los braceros migrantes son rechazados o expulsados. Las ciudades —rodeadas por los cinturones crecientes de miseria— organizan efectivamente su policía, apuntando las fuerzas al cerco “rojo” y peligroso que las rodea, dificultan por mil medios de represión —contra la “mendicidad” y la “vagancia”— la libre circulación de los mendigos y los vagos, y organizan operaciones comando, cuando nuevas oleadas de “rotos”, “pelados” o descamisados” intentan apoderarse de sus terrenos centrales o de sus tierras pródigas.

Al mismo tiempo, el aparato mantiene en cuotas mínimas la política de participación y desarrollo concentrado, que tiende a conservar ciertos grupos de apoyo, y que si alcanza resultados muy pequeños e insignificantes en los “agregados nacionales”, esto es, en términos de una política nacional, suele, sin embargo, lograr considerables efectos para el control político de algunas regiones, o de algunas áreas campesinas en las que busca aumentar su seguridad; o de algunos grupos obreros, particularmente los que trabajan en las industrias “estratégicas” haciendo que así, hasta en la crisis, haya trabajado-

res y lugareños que son sostén político del aparato, y participan en algo de sus beneficios concentrados.

A la política de ciudadela se añade otra de dictadura, esto es de regímenes en los que caen abiertamente las leyes y constituciones, se destituye por la fuerza a los gobernantes constitucionales de tiempos de paz y auge, se les suplanta por hombres más diestros en una política de guerra y policía, se clausuran los partidos y prohíben las actividades de sus miembros, se encarcela, destierra o asesina a los recalcitrantes y opositores, tras reprimir las manifestaciones de protesta, las reuniones o mítines de censura al régimen, y cualquier expresión pública de descontento concreto —e incluso abstracto y teórico— que aparezca en la universidad, en el libro, la prensa la radio y la televisión.

Y si los destacamentos armados y las policías locales no bastan para domesticar y aterrorizar a la población, se envían auxilios militares desde las metrópolis locales, o desde la Gran Metrópoli, en forma de operaciones regulares, de acciones para-militares, o de intervenciones extranjeras.

En ocasiones extremas, cuando el movimiento es muy fuerte, cuando los rebeldes alcanzan triunfos político-militares de consideración, el aparato se readapta en forma de extrañas transacciones con los líderes puestos de espaldas a las masas, y se dan algunas transformaciones en el propio gobierno y en la propiedad, como ocurre desde el nacimiento político del aparato en el siglo XIX, cuando a raíz de las guerras de independencia los caudillos criollos *entran* a formar parte del gobierno. Después muchos otros políticos, “generales”, jefes y caciques blancos o mestizos, hacen levantamientos y guerras para ocupar posiciones de privilegio dentro del aparato, con lo que logran cambiar la composición genealógica de la más antigua oligarquía.

Y si la política de participación restringida —destinada a mantener la alianza de regiones y grupos estratégicos— o la política de absorción y de acceso de personas o grupúsculos, no bastan para contener la crisis político-militar, o paran en la caída de personas y partidos que tienen la representación del gobierno, el aparato llega a hacer concesiones mayores, como en el caso del populismo sudamericano, y a veces cuando se piensa que el aparato ha sido destruido después de grandes movimientos revolucionarios, su geometría se redibuja en el tiempo, como en el caso del México post-cardenista.

Y aunque varíen algunas de sus leyes naturales, aquellas de carácter más general se mantienen, continúan, como si sólo hubiesen sido derrocados los reflejos del aparato, sus *representantes* y sus apariencias legales y personales, y el aparato se repusiera o reinstalara, fenómeno aún más sorprendente en los países que habiendo cambiado algunas estructuras de la propiedad y el poder, se ve a la postre cómo reaparece, parcial o globalmente el aparato.

Tan extraordinario instrumento social genera una cultura de seguridad y desprecio entre las viejas y nuevas oligarquías. En medio de los tropiezos nacionales y de las desgracias horribles de violencia, miseria y corrupción en que se ven envueltos los países, la cultura oligárquica antigua y moderna ensalza la agudeza criolla, la malicia, y la autoridad enérgica que se quiere descendiente de los conquistadores, de los monarcas españoles y los emperadores indios, y que hoy se combina, en tantos círculos militares y políticos, con la cultura tecnocrática y “agresiva” del Pentágono y la Casa Blanca.

Del “Cesarismo Democrático” a la escuela brasileña de “la Sorbonne” existe así la exaltación íntima y pública de esta forma de gobierno, que la oligarquía considera no sólo necesaria para el Progreso, la Civilización y la Democracia, sino inteligente, fina y propia del sentido común.

La actitud se fortalece en aquellos hombres que personalmente no roban, que en medio de las dificultades y zozobras tienen sensibilidad patriótica, y piedad por los miserables, y que, al don de mando, aúnan una gran habilidad militar, política o financiera, como ocurre con algunos de los grandes dictadores, exaltados desde la época de García Calderón y Vallenilla Lanz.

La íntima satisfacción florece incluso en los pequeños funcionarios y caciques, todos listos a reaccionar con energía y enojo, frente a cualquier persona que no comprenda ni su misión, ni su capacidad, ni las leyes naturales de la política, y a esas personas necias no se les mira como “ciudadanos” ni como personas, sino como una cosa biológica, entre virus y “gusanos”, a la que se puede erradicar y aplastar, recordándole en cada caso la posibilidad humana que desaprovechara, mediante la vejación y la tortura que se emplean con frecuencia antes de eliminar su identidad física.

Todo ello explica por qué el proceso que va de la vigilancia, a la aprehensión, al asesinato, pasando por la tortura, genera en el dictador o el verdugo latinoamericano, a la vez una inmensa rabia contra el hombre que quiso entorpecer el orden, y una burla sarcástica contra la víctima que desaprovechó la oportunidad de ser “hombre”.

Sólo la muerte extremadamente heroica suele a veces generar una cultura provisional del respeto, que se combina con las formas místicas de percibir el asunto, excepcional, como un designio de Dios o la Naturaleza, para volver de inmediato a la vida cotidiana de la malicia y la barbarie.

Los extremos de la personalidad oligárquica no excluyen el que algunos de sus hombres conozcan sin embargo la belleza humanística de una política mejor. De la oligarquía surgen no sólo los tiranos y los dictadores, sino una gran cantidad de héroes, de apóstoles, de políticos liberales y revolucionarios que reniegan de la propia oligarquía, y que se encuentran luchando al lado de otros hombres venidos de las clases medias y trabajadoras. Todos ellos padecen la dialéctica de la Independencia, la Civilización y el Progreso. La

contradicción surge en tanto no logran eliminar el aparato de dominación y explotación, y es todavía más aguda cuando lo fortalecen con los cambios de estructuras que se proponen y que alcanzan.

El fracaso del "humanista" frente al aparato de la oligarquía-burguesa, de la burguesía-conquistadora adquiere dimensiones de una profundidad visionaria, incluso entre algunos conservadores. Desde el duque de Arana y el obispo Abad y Queipo, hasta los teóricos de la Alianza para el Progreso surge una serie de ideólogos partidarios del *statu quo*, que en los momentos críticos advierten la necesidad de hacer reformas de estructuras para impedir la catástrofe parcial o cabal del aparato. Descubren con realismo los peligros que amenazan al sistema pero mendigan con ingenuidad la solución de los problemas sociales a los oligarcas feroces, o les ofrecen paz social cuando están siempre inclinados a la guerra, y a aumentar sus enormes privilegios, producto de una conquista permanente y renovada. Con una vena muy distinta pero que tiene efectos similares, en tanto no destruye el aparato, sino que lo rehace y consolida, aparecen los grandes pensadores liberales y progresistas que transforman algunas estructuras en medio de luchas cruentas, jugándose con frecuencia la propia vida en lides heroicas.

Los pensadores políticorrebelde, que van desde Bolívar a Martí, desde Juárez hasta Cárdenas, son hombres que en distintas medidas logran la Independencia, la Reforma o la Revolución que se proponen, pero sin que desaparezca del todo el aparato, el sistema de dominación y explotación.

Y entre esos extremos se encuentran también aquellos dirigentes que con diversas gamas de valor civil o lucidez, promueven el desarrollo de las fuerzas productivas, de la cultura y la civilización, en concesiones distintas a la oligarquía hechas, ora porque trabajan al lado de los dictadores, ora porque no alteran las relaciones y formas de explotación de los campesinos o logran sólo sustituirlas por otras nuevas, o aminorarlas en algunos sectores y regiones de los países en que actúan. Sarmiento, Bello, Sierra y después los líderes populistas herederos de los liberales, ya sea que actúen al lado de los tiranos, ya que luchan en su contra, promueven la educación, el derecho, la participación política y social de las masas, la independencia económica y cultural de los países, para sólo ver después cómo se rehacen las formas de dominación y dependencia, o advertir de inmediato la limitación de sus esfuerzos educacionales, liberales y democráticos.

Se trata de tres tipos de intentos que cabe distinguir, aunque se parecen porque de algún modo continúa el aparato. Hay así quienes deliberadamente piden cambios para que se mantenga el aparato, y los piden pacíficos y con tiempo, en lo que fracasan; hay quienes luchan heroicamente por destruir el aparato y sus estructuras, y que al lograr la Independencia, la Reforma o la Revolución, sólo ven cómo se resuelven parcialmente los proble-

mas y cómo se rehace el aparato; y hay quienes luchan por educar, poblar, civilizar, y ven cómo a niveles más altos se siguen planteando los problemas típicos del viejo y renovado aparato.

Todos ellos, de un modo u otro, viven la tragedia de "El Reino de este Mundo", que describe Carpentier con el estilo barroco necesario, y con una especie de existencialismo autóctono, desechado por el autor como lo desechan sus propios héroes. El mismo problema aparece en los *Cien años de soledad* de García Márquez, donde toda América Latina se redescubre en formas concretas de seguir siendo igual en medio de cambios lentísimos.

Las *soluciones* al problema llevan a las más profundas formas de cinismo y desesperación. Los políticos actúan en un amplio arco que va de las actitudes más "descaradas" hasta las más "desesperadas". Pero entre cínicos y desesperados se encuentran las castas de técnicos, pro-hombres-y-políticos, de extrema habilidad para alcanzar el máximo de los ideales históricamente posibles.

Y es así como la idea de lo *posible* o de lo *imposible* cobra una importancia inmensa en el debate público y en la conciencia de los hombres, con sus formas falsificadas y enajenadas deliberadamente.

De las grandes soluciones del siglo pasado sobre la independencia política, o sobre las reformas legales y eclesiásticas, con ideologías ilustradas y liberales, civilizadoras y educadoras, hasta las más recientes, con revoluciones de liberación, nacionales, sociales, y movimientos populistas, muchas son las ideas que se manejan y que de uno u otro modo fracasan, o resultan *imposibles*, inaplicables: la mejora de la relación de intercambio, el desarrollo tecnológico, la educación de las masas, la intervención del Estado en el desarrollo económico, no funcionan cabalmente, y es imposible que funcionen; se siente lo imposible de su funcionamiento, sobre todo cuando viene la depresión y la crisis.

A las falsas políticas que proponen los enemigos parciales del aparato vienen las falsas políticas que el propio aparato y sus teóricos proponen para la solución de los problemas humanos: el desarrollo asociado, el control de la natalidad, las "reformas agrarias" de tierras que se pagan a los propietarios, la planificación de una sociedad dependiente y oligárquica, la "integración" de las naciones aparentes latinoamericanas.

Sólo las verdaderas políticas operan, las que corresponden a formas de desarrollo concentrado, domesticación y represión. A corto plazo ninguna otra funciona, en particular durante los momentos de crisis política y económica. A largo plazo ninguna ha funcionado para acabar con el aparato, salvo la revolución inesperada y profunda de Cuba.

Pero los intentos de revolución que le siguen tampoco funcionan durante un largo periodo, que ya va a ser casi tan largo como el que tardaron los

independentistas en lograr la independencia de España. A ellos les llevó más de veinte años. El triunfo de los nuevos revolucionarios puede ser más largo si al compararlos con los héroes de la Independencia, y el tiempo que les llevó tomar el poder, se piensa en los movimientos precursores, algunos muy remotos, como el de los “Comuneros” del Paraguay, de 1725; el del Inca Felipe del Perú, de 1740; el de Santa Cruz y Espejo, del Ecuador, de 1765; el de Tiradentes que fue un “gran levantamiento en Minas Gerais y estremeció al Brasil”, en 1789; los del “año negro” de 1780 en Arequipa, La Paz, Cochabamba, Cuzco, Huaraz y Pasco, entre los que se encuentra el más famoso de Túpac Amaru, y, en fin, los de Miranda, en 1795 y 1797, siguiendo “el ejemplo dado por la revolución de las trece colonias inglesas”.

Las tareas civilizadoras y educadoras, las revoluciones parciales, las revoluciones posibles con todas sus limitaciones para resolver los problemas o para triunfar, plantean la otra dialéctica del desánimo y el entusiasmo, en que un hombre se construye a sí mismo como héroe, aunque no logre la transformación ideal del mundo en su momento, y con la esperanza de que se logre alguna vez, en una predicción actuante, en que se desaparece personalmente para que surja el mundo objetivo e ideal.

A las finalidades de este entusiasmo heroico contrarían, en el ánimo y la política, los desanimadores y los escépticos, con lo que el animar y desanimarse convierten en un problema de gritos de batalla, ora para alentar a los revolucionarios “maximalistas” de que hablaba Ingenieros, desanimando a los reformistas y revolucionarios que transforman el mundo parcialmente, o combinan la transformación con la expoliación o con los restos redivivos de ésta; ora para animar a los reformistas y los revolucionarios parciales, que de todos modos transforman el mundo.

En su mayor profundidad, el pensamiento que quiere plantear la destrucción del aparato propone como único medio el de la revolución, y de todos los *fracasados* sólo está dispuesto a exaltar a aquellos hombres que sacrificaron su vida por el ideal de una sociedad en que desaparecieran las formas tradicionales y nuevas de dominación y explotación, típicas del aparato hispanoamericano que quisieron destruir, aunque no lo hayan logrado.

La exaltación de esos precursores —con la cultura hispanoamericana que deja un legado de heroísmo— propone una imitación de los héroes, en formas que intentan revivir lo heroico sin preocuparse siempre por el éxito, y en otras muchas —más sutiles y difíciles— que intentan superar el destino histórico del fracaso, y que desde 1959 miran en Cuba una forma nueva y más rica de *imitación*.

La imitación aparece así como un problema a la vez intocable, porque es el motor de la acción, y fundamental, porque puede ser el origen del fracaso o del éxito.

En efecto, ese es el problema más *molesto* y grave. La estrategia no se puede basar en la historia pasada, porque la naturaleza social ha cambiado y cambia según las estructuras concretas. “Las leyes sociales —dijo recientemente un guerrillero— son aquellas que cuando se cumplen cambian.”

La estrategia —como resulta obvio— se basa en la naturaleza social actual, en un proceso vivo, y sólo se puede *inspirar* en la historia pasada sin intentar repetirla cuando el todo y las partes han cambiado. La estrategia no se puede basar en las combinaciones históricas anteriores porque la naturaleza social actual presenta nuevas posibilidades de combinaciones y porque incluso las combinaciones históricas ocurridas no eran las únicas que pudieron ocurrir. Verde es la teoría de la revolución latinoamericana que se reconoce gris frente a las “argucias” de la lucha contra-revolucionaria y los intentos de repetir en los sesentas el mismo proceso de la Revolución cubana.

Por ello, la teoría de la revolución latinoamericana se plantea en la década de los setenta, el problema preciso de un conocimiento objetivo de la naturaleza histórica del aparato de dominación y explotación de América Latina, y del estado concreto y cambiante de las fuerzas y las clases en los distintos momentos y países en que se libran las grandes batallas históricas.

Estudiar las estructuras no ha sido fácil, sobre todo si de su estudio pueden derivarse conclusiones que desanimen ante la posible solución, que tiendan a retener en casa a los jóvenes rebeldes, o disminuyan su impulso de imitar a otros de épocas inmediatas o pasadas. Es así como se llegó a decir que lo que es estructuralmente imposible se puede realizar en una predicción constructiva, mediante una acción que depende de la voluntad política del revolucionario sin considerar el papel primordial y simultáneo del comportamiento de las masas.

Y si esto lo decía un héroe —como lo han dicho tantos en los sesentas—, el hombre común tenía que guardar una posición discreta: sentía sobre sí toda la presión moral del hombre que “igualaba con su vida el pensamiento”, y cuando encontraba imposibilidades estructurales no se atrevía a desalentar la acción política creadora, la aventura que envuelve en la imaginación moral, y de la que no participa.

El intelectual se aterró frente al problema de frenar el único impulso que quedaba, y a su lado se detuvieron a menudo hasta los revolucionarios que no estaban con las armas en la mano, y que advertían “los obstáculos estructurales”, sin plantearse tampoco ese futuro de confluencia entre las vanguardias y las masas.

En una sociedad de tal modo delincuente se sintió durante mucho tiempo que se puede delinquir por desanimar a los héroes, o por animarlos. Todos los que viven en ella estuvieron y están expuestos a la duda, salvo los héroes que triunfan o mueren.

Este ha sido uno de los problemas más serios del pensador revolucionario, que busca estudiar las estructuras y abandona su análisis por no desanimar, pues al renunciar a su estudio incurre en otra especie de delito que es herencia cultural del propio aparato, y del pensamiento más reaccionario de éste.

Tradicionalmente el aparato político y cultural ha buscado separar al dirigente popular de la estructura, de las masas, aislarlo y envolverlo, y, al mismo tiempo, desanimarlo cuando las masas están silentes, o “acelerarlo” y acabarlo antes de que las masas actúen. La operación ideológica y política del aparato ha consistido en tachar al dirigente revolucionario de utópico, en declararlo carente de razón y sentido de la realidad, en acusarlo de “agitador” de una “comunidad” que supone tranquila, e inalterable a no ser por su presencia molesta, justificando con ello la represión y el castigo del “delincuente”; y la represión, el castigo, van precedidos de todos los esfuerzos políticos y militares por aislar a los líderes de los pueblos, por separarlos y envolverlos, por hacerles que pierdan noción de la realidad circundante, y de los cambios y alteraciones de la sociedad. La acción del aparato ha sido extraordinariamente sagaz: que los héroes y las vanguardias siempre actúen y comprometan su integridad política o militar antes o después de los grandes movimientos de las masas, que las vanguardias y las masas nunca den la batalla simultánea que resquebraja los cimientos del aparato y permite construir una nueva sociedad.

El pensador revolucionario, que renuncia al análisis de las estructuras para no desanimar al héroe cae en el tren de pensamiento de la oligarquía, en la trampa de una herencia que él mismo busca negar. Su problema más profundo consiste pues en no desanimar, y en estudiar las estructuras, sus obstáculos e impulsos y, sobre todo el papel de las masas en la historia. A ese problema se añade la necesidad de justificar o exaltar a los héroes como seres morales.

Ante la compleja estrategia del aparato han surgido de hecho tres tipos de respuestas, generalmente mezcladas y confundidas: el discurso que da ánimos, el alegato que exalta las ideas de quienes luchan por una sociedad mejor, y el análisis que busca precisar las características de historia natural de un aparato que reacciona y tiene una estrategia variante según los cambios en las relaciones humanas de dominación y explotación, según los pesos de las fuerzas productivas y represivas, y que, en ciertos momentos y con tendencias seculares crecientes, puede encontrar más vulnerable su política de dictadura y ciudadela, por una acción combinada de las masas activas y los cuadros de la avanzada revolucionaria.

La alocución, el comentario crítico y el análisis sin duda se han complementado hasta formar una unidad; pero también deben distinguirse. Las

limitaciones de cada género considerado por separado no anulan su propia importancia. Y el estudio de las estructuras no sólo requiere desechar provisionalmente los recursos de la alocución, sino ir más allá de la crítica a las falsas interpretaciones, más allá de la mera identificación ideológica de los errores o aciertos de otros autores, pues el problema en sí mismo es particularmente complejo, sobre todo si se repara en el hecho de que las estructuras —como conjuntos de relaciones humanas— son fenómenos esencialmente históricos y políticos, en que existe *un determinismo que cambia* de un tiempo y un lugar a otro, en partes importantes y significativas para la propia conducta política, para la comprensión del heroísmo subjetivo y objetivo, del heroísmo-protesta y el heroísmo triunfante, susceptible éste de rebasar el mero martirio de los revolucionarios y de encontrar al héroe-político con sus organizaciones de lucha, cuando el personaje más importante de la historia es —en serio— la masa del pueblo que actúa.

Para la comprensión de este proceso complejo que lleva a un punto creador de masas y avanzadas es necesario, en primer término, concebir la estructura como un conjunto de relaciones humanas, de dos o más categorías sociales, que actúan políticamente y en que unas dominan y explotan a las otras.*

Las categorías dominantes generan una serie de reacciones frente a la acción de protesta y rebeldía de las categorías dominadas. En las acciones y reacciones cuenta la composición, la organización, la conciencia como historia-estrategia o como historia-táctica de unas y otras clases, y la alteración que cada conducta provoca en la otra, en formas tales que a la vez se repiten algunas conductas pasadas y aparecen otras nuevas, de donde la “historia constante” de las estructuras en periodos anteriores —o en otros países— no permite una proyección con pautas iguales a las del pasado, sino que exige, para descubrir el futuro comportamiento de los actos y los hechos políticos, analizar las variaciones naturales, en que se libra la lucha, y la conciencia *nueva*, acumulativa, de esas variaciones, que da inesperadas posibilidades de acción a las partes en pugna, *dentro* de la historia o estilo político de cada país.

El problema metodológico más profundo consiste así en conocer la sociología y la historia del determinismo histórico como determinismo político, esto es, en registrar el hecho de que se dan distintos tipos de determinismos políticos en el conjunto histórico y que los determinismos del pasado no son necesariamente iguales a los del presente, ni éstos a los del futuro, dada la naturaleza política de las relaciones sociales determinadas.

La necesidad de una especificación concreta de la conducta política es

* Cfr. Florestán Fernandes, *Sociedade de Classes e Subdesenvolvimento*. Río de Janeiro, Zahar Editores, 1968, Cap. 1.

abundantemente señalada por los autores marxistas y no marxistas y, aunque no siempre con éxito, muchos son los ideólogos que hablan cada vez más de la urgencia de estudiar las realidades concretas en que se actúa, y de no aplicar mecánicamente, en forma abstracta, las ideas generales. Pero por lo común los intentos de especificación han sido insuficientes porque el determinismo político se ha considerado como un mero determinismo histórico y porque se ha analizado pobremente la naturaleza histórica del propio determinismo. Este problema requiere ser precisado, y se siente que es indispensable precisarlo en cada momento y país, para entender el proceso posible y probable de la revolución latinoamericana que dé fin al aparato de dominación y explotación de América Latina.

Para ello nada parece más conveniente que considerar la forma en que el propio conocimiento político —histórico y estratégico— de los revolucionarios y los contrarrevolucionarios altera el futuro comportamiento de las luchas, y cómo altera también el futuro comportamiento de las luchas la actual estructura neocapitalista y monopolista en que se encuentra inserto el aparato.

Tomando la perspectiva revolucionaria, el problema se puede precisar en los siguientes términos: ¿Hasta qué punto el conocimiento revolucionario que tienda a destruir el aparato va a alertar la conciencia reaccionaria, su táctica y estrategia, generando una reacción, en parte inesperada, por ser mayor, más eficaz, más técnica? ¿Y hasta qué punto esta nueva conciencia reaccionaria, con sus organizaciones y técnicas de respuesta va a influir a su vez, en el propio conocimiento revolucionario, en una espiral de la conciencia política en que cada parte busca hacer posibles sus objetivos, esto es, en que el revolucionario busca que la revolución sea posible, y en que el conservador busca que sea posible la continuidad del aparato de dominación y explotación que maneja?

El segundo fenómeno se refiere al carácter de lo posible y lo imposible en la etapa actual del desarrollo del capitalismo, esto es, a la libertad de manipulación política y económica del aparato, a los límites actuales y potenciales de esa libertad; o, para decirlo de otro modo, a las características actuales del determinismo histórico del capitalismo y a sus diferencias con el pasado, entre las cuales se pueden encontrar posibilidades de manipulación distintas a las del pasado, que provienen de las variaciones en la estructura económica y tecnológica —hoy más rica y compleja—, y de un conocimiento técnico generado por la propia organización dominante, mucho más preciso o “científico” que en el pasado.

El problema en este caso consiste en preguntarse: ¿Cuáles son los límites de las nuevas posibilidades manipulativas del aparato? ¿Cuáles son los límites de esa tecnología-política más rica y rigurosa? ¿Cuál es el determinis-

mo histórico de la muerte del aparato? ¿Cuál es el determinismo histórico de su fin, tomando en cuenta su máxima efectividad en la aplicación de conocimientos y recursos políticos, que tienda a emplear para mantenerse vivo? ¿Y tomando en cuenta los proyectos y organizaciones de quienes buscan acabarlo?

Si postulamos que ningún fenómeno natural deja de ser histórico, esto es, capaz de responder la investigación científica revolucionaria, pues es difícil que el pensamiento reaccionario acepte la posibilidad de la muerte del propio aparato, del propio sistema: en general el pensamiento conservador parte del postulado de que posee una libertad infinita y cuasi-eterna de acción —mundial y milenaria—. Es excepcional que reconozca la muerte de un sistema y cuando lo hace —como Herman Kahn— pospone la muerte vagamente, por más de un medio siglo, y mientras tanto imagina muchas posibilidades de acción y de política.

La respuesta al problema del fin del aparato cae así principalmente bajo la responsabilidad intelectual de los investigadores revolucionarios y para ello tienen que tomar en cuenta —como lo están ya haciendo muchos— los elementos arriba señalados: las variaciones del nivel de conocimiento revolucionario y contrarrevolucionario, y las variaciones del determinismo político del siglo xx que lo distinguen respecto al determinismo de siglos anteriores, los determinismos políticos antes y después de Cuba y de unos países a otros con sus distintas herencias y hábitos de lucha.

Mirando pues en primer término los problemas que se refieren al conocimiento histórico y estratégico, a sus características y efectos políticos, se puede partir del conocimiento que poseen los revolucionarios que recientemente han generado una mayor *reacción* política y técnica: los guerrilleros.

El conocimiento del espacio político que tiene el guerrillero latinoamericano contemporáneo, sin duda ha aumentado en estos años considerablemente, y su conocimiento de la historia y la estrategia también ha aumentado; por otra parte de las técnicas de organización y lucha político-militar posee el guerrillero conocimientos, a lo largo de todo el continente, mucho más avanzados que sus antecesores y conocimientos que están formando una cultura común revolucionaria.

El guerrillero es un elemento de la revolución latinoamericana que atraviesa toda la historia de la región y que es sucesor de las rebeliones campesinas. Por ello es importante registrar el cambio ocurrido en los últimos años. Su conocimiento obviamente ha aumentado con la urbanización del campo y con la interacción de los elementos urbanos y rurales, su lenguaje político se ha desbalcanizado, alcanzando cada vez más un nivel que es internacional, y que en la mayoría de los casos se une a los conocimientos locales.

Algo semejante puede decirse del conocimiento político de los demás re-

volucionarios latinoamericanos, de los partidos obreros y los movimientos nacionales o internacionales revolucionarios, que surgen en la década de los sesentas: tienen hoy una perspectiva mundial del proceso revolucionario y una perspectiva de la historia-estrategia muy superiores a las del pasado, sobre todo al iniciarse la década de 1970.

Es cierto que con frecuencia la visión revolucionaria del conjunto histórico y geográfico sigue siendo inferior a la visión del aparato, y la memoria revolucionaria inferior a la oligárquica; pero es previsible que estas limitaciones se sigan superando, junto con aquellas que en el pasado consistieron en aplicar leyes generales sin un conocimiento concreto de la lucha nacional o de los terrenos locales, o junto con aquellas que hoy restan fuerza a la organización internacional de los movimientos revolucionarios, por las hondas crisis de las izquierdas.

Suponiendo sin embargo que unas y otras limitaciones tenderán a disminuir conforme se precisen objetivamente las nuevas pautas de la lucha histórica en el siglo xx, esto es conforme aumenten en formas constantes las contradicciones, y considerando de otro lado que aumentará el conocimiento revolucionario por un rigor en la investigación militante histórica y política, estratégica y táctica, es evidente que el incremento de la conciencia y la técnica revolucionarias derivará también en un incremento de la conciencia y precisión reaccionarias.

De ese modo, la acción revolucionaria y la reacción del aparato, ante incentivos inmediatos o ante incentivos percibidos en periodos largos, llevarán a una espiral de la lucha, desde el punto de vista de la conciencia y cultura de unos y otros contendientes. Ya este incremento del conocimiento, de las técnicas y la organización contrarrevolucionaria ocurrió al más alto nivel desde 1959, y generó la espiral del conocimiento político, que recorrió América Latina en los sesentas, y que va llevando a niveles cada vez más altos a los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. Pero como este proceso no ocurre en un vacío histórico, como las luchas políticas y militares ocurren en una situación histórica, con una tendencia secular más y más favorable a los cambios de las estructuras y del sistema, con periodos largos de auge y depresión, con variaciones cíclicas y estacionales, con años y meses favorables —ora para la revolución, ora para la contrarrevolución—, la historia política hace previsible una conducta que busque controlar el tipo de cambio estructural del aparato y el sistema, en función del tipo de organizaciones políticas y revolucionarias que existan, y de la composición de cuadros directivos que, en los momentos críticos, sepan controlar la historia y cuenten efectivamente con los recursos necesarios y con las masas del pueblo convertidas en el personaje principal, único capaz de remover el edificio y de construir otro nuevo si lo orientan las vanguardias de la revolución.

Esos cambios se darán en la medida en que los sacrificios inevitables o los errores ineludibles, cometidos por los revolucionarios románticos y por los héroes caídos, sean menores que la renovación natural y política de las fuerzas revolucionarias, y menores que la conservación natural y política de los veteranos organizados, que no caigan en las acciones propias de una contrarrevolución preventiva, en las tácticas contrarrevolucionarias que llevan a los revolucionarios a luchar en los momentos y lugares más desfavorables para éstos.

Las fuerzas revolucionarias aprenderán así a usar cada vez más las coyunturas críticas que vienen después de las acciones contrarrevolucionarias originales, cuando agotados los recursos reaccionarios —de represión y manipulación— persiste la crisis, se renueva, se acentúa, y cuando los revolucionarios que ya no son noveles sino veteranos, se enfrentan a una reacción que ha empleado su máxima sapiencia y su máxima violencia, y se ve impotente para detener la crisis, mientras vienen nuevas mareas de descontento popular.

Los hechos anteriores constituyen una hipótesis particularmente viable. Las fuerzas humanas de “producción” y la substitución de energía humana para la producción van a seguir creciendo simultáneamente, mientras el aparato tenderá a mantener sus formas de explotación y dominación; los ciclos largos de la depresión se renovarán, con variaciones largas y cortas, con diferencias espaciales en su intensidad, que al fin alcanzarán a las propias metrópolis. En esas condiciones se presentará la máxima oportunidad para que las fuerzas revolucionarias, con una conciencia y organización política crecientes, en medio de una lucha cruenta que se da hoy en América Latina, tomen el poder y destruyan el aparato, sus ciudadelas y dictaduras, usando las técnicas del cerco y asedio, o del caballo de Troya, las técnicas de los focos guerrilleros en expansión y las de organizaciones obrero-revolucionarias de tipo leninista, u otras más simples y eficaces en que se combine el leninismo, con la espontaneidad y la cibernética. Esta perspectiva del fin del aparato existe desde ahora: es conocida por revolucionarios y conservadores, y estos últimos tienen plena conciencia del peligro que representa para su supervivencia. Por ello, a la política de dictadura y ciudadela los conservadores del aparato han añadido otras políticas posibles que en su caso mantengan el aparato. A la política de ciudadela y dictadura —conocidas, vividas— y a la agudización de la crisis, han añadido la posible y creciente represión, vía dictaduras renovadas e intervenciones militares directas.

Hay actualmente una conciencia general de la posibilidad de una dictadura abierta en la propia metrópoli norteamericana, y una conciencia general de una posible era de intervenciones militares, en gran escala, dirigidas para mantener el aparato en las zonas periféricas. De seguirse esta pauta

se prevé por todas las partes en pugna una especie de “guerra interna” mundial y de “revolución mundial”, con guerras convencionales y atómicas que derivarían según unos en la desaparición del capitalismo, y según otros en la desaparición del mundo.

En cualquiera de los dos casos terminaría el aparato, aunque en el segundo caso también terminaría el mundo. Cualesquiera de los dos caminos constituye un final dramático, escatológico, o el principio de un socialismo ecuménico en un mundo radiactivo y en parte pavoroso. Esta evolución es posible —aunque a veces sólo se use como una técnica de intimidación o de chantaje—; pero incluso cuando es percibida con un afán de objetividad, y con las técnicas más sofisticadas, tiende a extrapolar hacia el futuro la historia antigua y medieval de la guerra, o la historia de las revoluciones socialistas anteriores, y de las dos guerras mundiales del siglo xx. Es una previsión en que el resultado final —social— se obtiene mediante una lucha que, a fin de cuentas, sólo amplifica las soluciones seculares.

La verdad es que existe otra posibilidad insuficientemente explorada en que se combinan formas muy sofisticadas de violencia con formas muy sofisticadas de cambios de estructuras dentro del conjunto de la historia universal o nacional. La gran novedad de la revolución del siglo xx consiste en que ésta no sólo es una revolución que ocurre en una etapa post-keynesiana, sino una revolución que ocurre en una etapa post-industrial, con imprevisibles distintos a los del siglo xix. Imaginar la historia-estrategia de una revolución de ese tipo plantea problemas nuevos en el propio siglo xx.

La novedad puede consistir por una parte en un cambio cualitativo de las políticas neoimperialistas y neocapitalistas que no cabe ignorar. Su escasa probabilidad de realización no deja de replantear un problema que ya se ha dado y que se puede repetir: el de un cumplimiento parcial de las aspiraciones y las demandas populares, el de una canalización y reajuste de las mismas, esto es el de un proceso de compromisos sucesivos que tiendan a socializar la economía manteniendo, recortada, la sociedad de clases. Este tipo de reacción del aparato presenta distintas variantes en el pasado latinoamericano, y puede presentar otras en el futuro, hasta acabar con el propio aparato.

En el pasado, las respuestas no represivas del aparato en América Latina han llevado a integrar nuevos miembros a la oligarquía durante el siglo xix, y a hacer concesiones a las clases medias y los trabajadores industriales, sobre todo después de la crisis del treinta: estas concesiones generalmente se han limitado a derechos políticos y a redistribuciones del ingreso que han favorecido a los mejor organizados.

Lo anterior es bien conocido; pero hay otro tipo de respuesta que rebasa

los límites anteriores, y que puede apuntar a una dialéctica de la continuación y muerte del aparato.

No se trata sólo de medidas que incrementen el uso efectivo de las garantías individuales o de los derechos políticos, ni siquiera de procesos que tiendan a redistribuir de una manera más equitativa el ingreso personal —vía fiscal o vía salarios—, sino de medidas mucho más profundas y radicales que transformen la estructura de la propiedad nacional e internacional por medio de expropiaciones confiscatorias.

Estas medidas —incluso las que suponen reformas estructurales— paradójicamente pueden consolidar y fortalecer el funcionamiento del aparato; una política neocapitalista y neoimperialista de amplias perspectivas implicará ciertamente el permitir —frente a las presiones nacionales y populares más grandes de la historia— el que este tipo de reformas se haga, ora dejando que afecten a las oligarquías tradicionales, ora incluso que acaben con antiguos enclaves del imperialismo tradicional, todo ello con la mira de operar durante un tiempo con pérdidas, o de permitir que paguen los costos del cambio crítico los aliados más débiles, que para el caso son las oligarquías y los monopolios tradicionales.

Esta política es tanto más factible cuanto que las grandes corporaciones contemporáneas operan *simultáneamente* con varias líneas de producción y distribución, y con una política de compensación de pérdidas calculada sobre la base de la teoría de las probabilidades y los subconjuntos. Su estructura permite *grosso modo* a las organizaciones monopolistas compensar con grandes ganancias, grandes pérdidas, y tener una capacidad de negociación considerable; se trata de corporaciones que han diversificado su economía como se pensó que lo hicieran las naciones, y que cuentan con el “know-how” y el capital necesarios para una política independiente, libre, en beneficio de las propias corporaciones.*

Muchos factores políticos y económicos pueden facilitar además esta política del Estado y los monopolios norteamericanos y de algunos latinoamericanos: la experiencia desastrosa para ellos de la política imperialista *tradicional* en Cuba, los fracasos de su política intervencionista y golpista en América Latina, incluidas las reformas agrarias no confiscatorias de la “Alianza para el Progreso”, y el creciente desprestigio e inestabilidad postgolpista y post-intervencionista de los gobiernos dictatoriales y dependientes de los sesenta, que tras los efectos favorables a los grandes monopolios de los golpes y las intervenciones, se encuentran en un *impasse* de guatemalización de América Latina.

* *Cfr.* Celso Furtado, “La concentración del poder económico en los Estados Unidos y sus proyecciones en América Latina”, en *Estudios Internacionales*, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, Octubre de 1967-Marzo 1968.

A esos factores se añaden otros más, altamente significativos, como la toma de conciencia en el interior de los Estados Unidos de lo que significa realmente el *imperialismo* norteamericano, y de sus efectos adversos para los negros y los jóvenes norteamericanos; la apertura de grupos intelectuales y científicos liberales a políticas flexibles y sofisticadas, que permitan la modernización de las estructuras latinoamericanas, esto es, la conservación o readaptación del aparato, en formas parecidas a la vieja experiencia de la Revolución mexicana, que hace de México el mejor mercado y el cliente más estable de los Estados Unidos en América Latina. La guatemalización e incluso la intervención y ocupación militar directa, parecen todavía hoy las conductas más probables del imperialismo, pero también existe la posibilidad de reformas y reajustes del aparato, y de concesiones y transacciones sociales de gran escala en algunos países.

Ahora bien, en caso de que se den procesos políticos de esta naturaleza, similares al del Perú o el que hoy se esboza bajo un signo distinto en Chile, se planteará obviamente el problema del apoyo que estos movimientos amenazarán por parte de los grupos más radicales.

Parece ser que este apoyo puede darse en medio de algunas dudas y reservas, combinadas con una serie de presiones para profundizar el proceso de reformas estructurales, para hacerlo irreversible y para que en su caso se acelere.

Esta posición puede ser perfectamente legítima y funcional a los grupos revolucionarios, a pesar de sus efectos paradójicos: la consolidación del aparato, a mediano plazo. Solamente una estrategia similar a la que ostentan algunos grupos "trozkistas" podría considerar preferible la acentuación lineal de las contradicciones, y la necesidad de un esfuerzo activo por parte de las fuerzas revolucionarias para impedir este tipo de reformas estructurales.

Es muy posible sin embargo que las posturas ultraizquierdistas, como en el pasado, no puedan contener el apoyo popular masivo a los gobiernos que realicen este tipo de cambios transitorios neocapitalistas (como en el caso del Perú) o parasocialistas (como en el caso de Chile) y que resulten así más efectivas las presiones revolucionarias que acepten el impulso y busquen la aceleración o radicalización en puntos concretos.

En cualquier caso, el apoyo de los grupos revolucionarios difícilmente ocurrirá sin que señalen las limitaciones del proceso y sus futuras contradicciones, sin que se haga ver cómo éstas sólo se podrán resolver de una manera radical —en lo económico— cuando desaparezca la economía de mercado, el incentivo de las utilidades y el carácter privado de los principales medios que determinan la producción nacional, esto es, cuando desaparezca la estructura de clases, y el capitalismo como sistema dominante.

Pero, como es hoy bien conocido, el salto al socialismo no se da de una manera universal, ni existen dos entidades metafísicas llamadas respectivamente capitalismo y socialismo, ni los procesos de socialización son siempre radicales o corresponden a la toma directa del poder por el proletariado.

Sin embargo, cuando los procesos de socialización han sido parciales, no por ello han dejado de constituir serias mejoras para una parte importante de la clase trabajadora, incluso dentro de un subdesarrollo neocapitalista. Y es posible que los grupos revolucionarios se lleguen a *conformar* con el proceso, si por razones estratégicas o tácticas, no pueden hacer ellos mismos una revolución socialista, y si las fuerzas innovadoras y reformistas logran controlar el cambio estructural, lo cual es posible y previsible por las razones que apuntamos arriba: por la existencia de corporaciones de actividades múltiples y multinacionales, por la posibilidad de pérdidas provisionales monopolistas, por la posibilidad de reajustes en la propiedad que deriven en procesos socializantes —de nacionalización de propiedades extranjeras y nacionales, o de expropiación de tierras agrícolas— que conduzcan a etapas más avanzadas en las relaciones de producción.

Es de esperar que estas medidas sólo se tomen en algunos países y no en todos, como ha ocurrido en el pasado, y es posible entonces que a pesar de las novedades del siglo xx, el aparato se mantenga, rehaciéndose a niveles más altos en unos países, y caiga en medio de revoluciones violentas en otros que muy posible y probablemente serán la mayoría. Lo que resulta difícil es prever cómo va a ser eliminado el aparato de dominación en aquellos países en que al juego clásico de la ciudadela y la dictadura, de la concentración e integración de capitales y fuerzas, bajo la hegemonía de las grandes potencias y las grandes empresas, se añade el juego neocapitalista de la manipulación de los subconjuntos del sistema y de las estructuras sociales, ese juego que altera el comportamiento político de la lucha de clases, y deriva, por lo general en reajustes de las relaciones entre obreros y patronos, entre unos obreros y otros, entre unos patronos y otros, sacrificando a una parte de la clase trabajadora —la más vulnerable— a una parte de la clase patronal —la más débil— y (lo que es una novedad de nuestro tiempo) sacrificando a una porción del “combinado”, a una sucursal de la corporación multinacional, a una empresa o línea de producción de la gran compañía, en un juego basado en la teoría de los sistemas, en las técnicas de simulación, en la investigación de operaciones e incluso en el sentido común, que permite tener cifras rojas sin suma-cero, y perder durante un tiempo para ganar después, siguiendo las leyes de pérdidas provisionales, características de la competencia monopolística. Quizás en estos casos el fin del aparato sea una combinación de Mayo-68 en París, de Agosto-68 en Chicago, y, sobre

todo, de técnicas leninistas de insurrección, renovadas y combinadas con la larga experiencia guerrillera de América Latina, que es cada vez más rigurosa en la teoría, en la organización y en las técnicas de lucha.

Por ahora lo que se puede afirmar es que si se da de un lado la posibilidad predominante de una política rígida que derive, en forma más o menos lineal a una revolución socialista, se da también la posibilidad de una política neocapitalista o socializante, que derive en otros países a etapas superiores del desarrollo capitalista o a formas parciales del desarrollo socialista.

Esta alternativa no se puede ignorar, ni por su significado político, ni por su significado social, pues de un lado dificulta enormemente la revolución radical que acaba con el sistema de clases, y de otro genera capitalismo de estado o socializaciones parciales todavía inexplorados en América Latina y otras partes del mundo.

Los cambios estructurales que terminen con el sistema de clases pueden así coincidir en el futuro inmediato con cambios estructurales que no terminen a la vez con el sistema de clases, y que sólo signifiquen un incremento en el sector público de la propiedad y en la fuerza política de los trabajadores en el gobierno. Todo dependerá del tipo de grupos que controlen los cambios estructurales y de la orientación que les den.

Parece así que el aparato va a desaparecer con distintos tipos de muertes y plazos, unas sin transformarse antes de morir, y otras habiéndose transformado.

Pero este futuro posible que registra los dos tipos de caminos al socialismo —el más conocido, sin reformas estructurales y el menos experimentado, con reformas estructurales— seguramente será negado antes del paso al socialismo por muchos militantes de izquierda y derecha que pueden considerar inaceptables las reformas estructurales, ya porque éstas son una concesión al aparato, ya porque son una concesión al pueblo, ya porque retrasan el socialismo, ya porque conducen al socialismo.

En cualquier circunstancia el control del cambio por los reformistas o por los revolucionarios dependerá de la fuerza de unos y otros, dirigida por su conocimiento y organización política, y los revolucionarios tendrán que aceptar los cambios estructurales, las “reformas revolucionarias” —como en el pasado aceptaron y apoyaron los aumentos de salarios, o el inesperado socialismo “en un solo país”—, en tanto se trata de soluciones provisionales, aceptables y apoyables en un camino secular al socialismo, sistema social que aparece cada vez más a las clases trabajadoras, a las capas medias y a los intelectuales marxistas y católicos, como la única alternativa de la historia del hombre a la barbarie y el fascismo; pero que puede presentar dos caminos principales, el de las reformas previas en los países donde los grupos

revolucionarios no sean lo suficientemente fuertes para hacer la revolución, o los reformistas sean lo suficientemente fuertes para hacer las reformas, y el de la revolución sin reformas, en el caso contrario: el clásico y todavía el más probable.